



## NO VALE MAS OLVIDAR

A revista "SP" ha entrevistado a Raquel Meller. En rueda, para cerrar completamente en su torno la curva cabalística de la interrogación. Grabando las preguntas y las respuestas en una cinta magnetofónica, para que luego, pasado el acaloramiento de la charla, no se empalme la disputa inútil de lo que se dijo, lo que se quiso decir o lo que dejó de decirse. Como parodiando la letra de un cuplé: "¡Mira, niña, que la cinta lo oye todo...!"

¡Y qué cosas ha tenido que oír la cinta! Cosas como esta: "El hombre que hace eso, ni es hombre, ni es caballero, ni es nada", dedicada amablemente a un autor que no le comunicó el rodaje de una película. O como esta: "Gómez-Santos vino aquí el otro día y se cayó por la escalera, y no se ha matado. Ya ve usted, ¡hasta en eso ha tenido suerte!", a nuestro compañero Marino Gómez-Santos, agradeciéndole que le dedicase nada menos que cinco páginas de PUEBLO en la serie de la "Pequeña historia de los grandes personajes", porque se han extraviado unos libros.

Marino Gómez-Santos, caído por la escalera, no se ha matado. Ha tenido suerte. Raquel Meller, rodada por los escalones duros de los años, se ha ido matando un poco contra el filo de cada uno. No ha tenido suerte. Ha tenido, peldaño a peldaño, muerte. La muerte íntima y fría, sin luz de cirios y sin luz de esperanza, de esos viejos que prefieren el suicidio orgulloso y amargo del olvido a la vida íntima y serena, arrebolada y sonriente, del recuerdo. "Recordar, no; no merece la pena; más vale olvidar." No, Raquel Meller; nunca vale más olvidar. Revivimos, en la vejez, en nuestros propios recuerdos sin saña. Revivimos, para la fama o para la memoria de los parientes y los amigos, en el recuerdo, que comprende y perdona, de los demás. ¡Olvidar! ¿Por qué, Raquel Meller, por qué olvidar? También en la perecedera arquitectura del cuerpo humano, llegada la edad triste de la ruina, quedan siempre en pie una columna o un arco intactos; quedan la emocionante expresividad de unos ojos, queda la elegancia de unas manos, queda el dibujo amado de unos labios, queda, quizá, la ternura inimitable de una sonrisa... Y del espíritu, a poco que nos empeñemos, queda aún más. El "castillo interior" podemos restaurarlo día a día. Podemos conservarlo tan tieso y completo como las murallas de Avila, siempre que, como en éstas, mantengamos sus puertas abiertas a todos. Siempre que no deseemos la caída mortal, por las escaleras, de los demás.

Es hermosa una vejez limpia y valerosamente aceptada. Puede que sea verdad que los amados de los dioses mueren jóvenes. Pero es seguro que mueren viejos sus predilectos. Y es mejor despedirse con unas pícaras memorias ingenuas, como la Mistinguett, recordando, y recibir en la hora de la verdad un telegrama de ánimo, de coraje, de "mon homme", que renunciar al recuerdo, que perseguir el olvido, que marcharse pensando "Ahora vienen a verme; pero el día que no sirva para nada, no vienen", o que abrirse a la amargura de un "si yo no hubiera sido ya famosa, Gómez Carrillo no se habría fijado en mí".

¡Vía libre al tren del recuerdo, doña Raquel! Recordar, lo dice una de esas canciones de hoy, que serán los cuplés de mañana, "es volver a vivir". Y recuerdo, y se lo agradezco, que pasé el sarampión haciendo un dúo con su voz frágil que destilaba por una radio rudimentaria, de los primeros años treinta, las estrofas cursis de "Flor de té"